



6<sup>o</sup>.

# CARTEL

PANORAMA MENSUAL DE LITERATURA, ARTE Y POLEMICA

M A Y O D E 1930  
AÑO II N.º VI

DIRECCION  
**Julio Sigüenza - Alfredo Mario Ferreiro**

SAN JOSE 870  
MONTEVIDEO

## MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA 1924 - 19 DE MAYO - 1930

Homenaje de delicadísima significación constituye el deshojar y esparcir, hoy, tantas flores al pie de este monumento.

Nuevas generaciones de discípulas de aquella Universidad que ella honró con su genio y su enseñanza, figuras ligeras y felices, con la armoniosa plasticidad de las jóvenes de los frisos griegos, pero ensombrecidas por la presencia de una impresión inquietad, que se muere imprimie en sus ojos, destellan, depositando flores y se entrecruzan aquí, mientras entregan sus tributos ante un símbolo que se eleva en la llama de una figura incorpórea y dolerosa.

Puede decirse que todos esos adolecentes espíritus emocionados, no llegaron a conocer a María Eugenia Vaz, como en los ritos consagrados, con sus vitrendas de entusiasmo o veneración; lámparas novísimas se encienden al pie del ara: la figura de la diosa pertenece a todos ya.

De los que vivieron al mismo tiempo que ella, puede decirse que muy contados son los que se acercaron a su alma profunda.

Su reconocimiento y la altivez de sus grandezas, por un lado, por otro la no comprensión de las externas actitudes, o ambas cosas a la vez, la aislaron y la alejaron de muchos cuerpos, hasta encasillarla en su orgullo final, desdeñoso y heroico.

No estamos aquí reunidos para comentar las causas que la trajeron dolor sobre la tierra; ni tampoco para valorar el mérito de su poesía. Lo que la conocieron en los últimos años, con cierta intimidad, sabemos que su dolor fué implacable, pero al mismo tiempo adivinábamos la solidez de aquella gloria que ella desdeshaba y que hoy, día a día, se afirma para siempre.

En otra oportunidad, y en ceremonia semejante a la de ahora, inauguramos este monumento de bronce y piedra aquí, en el Prado, el paseo favorito de ella.

Yo dije mi emoción, entonces, en unos versos; varias ex alumnas de María Eugenia, y estudiantes que concurrían a mis clases de Literatura, me se hicieron una poesía, para recitar en la inauguración del monumento, erigido por la colaboración encendida de innumerables admiradoras.

Los versos, resultaron éstos:  
Oigo la sacra música que, en encendido instante, escuché de sus labios. La trágica alma hebréa que inundaba de luces su copa de diamante.

¿dónde está? ¿Es posible que "Más Allá" la vea?

La escuché! Cuántas veces, esclava que una idea fija, vino temblando, a mí, tan vacilante como ella! Ya no olvido la convulsa marca metafísica, ahogándole los ojos y el semblante!

La veo, sí, entre árboles, vagar, meditando abunda... Verbo de esteras cósmicas, baja su voz profunda, penétrame en las sienes y me inclina hasta el llanto.

Dime en qué estrella enja tu luminoso ser. Que aprendan los arácnidos la coral que me cubren, que me cubren. Dime al fin, que rompió las cadenas de fuego.

Oigo la sacra música que, en encendido instante, escuché de sus labios.

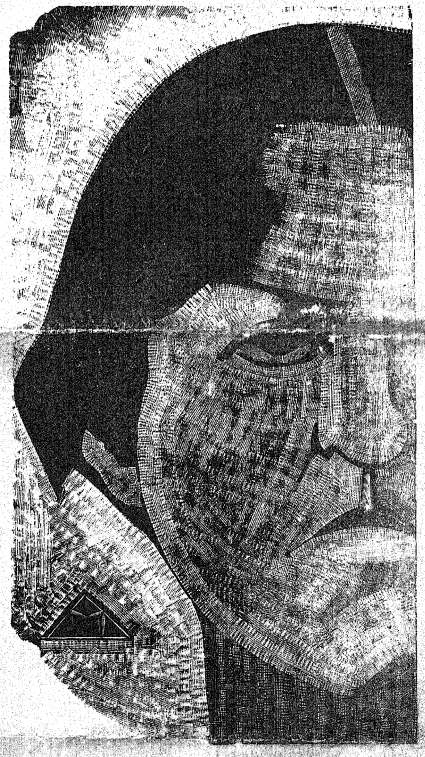
Es así; la voz de María Eugenia atesoraba una resonancia de profecía en el instante de la revelación ritual. Una sonoridad de oboes, como si hablara al borde de una pequeña gruta, y el eco repercutiera sutilmente, amoldándose sobre las palabras, como halo resonante de ellas, en un apoyo finísimo de sonoridades.

Yo pude oír su voz muchísimas veces. Voz denunciadora de dolores infinitos, alternando con infantiles lamentos y con afirmaciones formidables.

Expresaba un riguroso concepto sobre el arte, con la sinceridad y la intransigencia de los profetas. De súbito, cesaba aquel ritmo solemne, para reír, con una carcajada espeluznada, o para alternar con una expresión llana y hasta plebeya, como si estuviera arrepentida de haber subido tanto.

Recordemos, por un momento: la inflexión de las voces queridas que se han muerto, — de que habla Verlaine; ¿quién nos, entre sus amigos, no recuerdan, en este momento, la voz de María Eugenia?

Hay voces que poseen más virtud de permanencia y de retorno, que otras; voces hay, muy queridas, de personas que se han ido, devinándose gran parte de nuestra vida, pero que levantan las explicables dificultades para ser evocadas. Hay sólo en determinados instantes, y no solas, y no puras, sino casi desconocidas.... Y cuando creemos poseer su clave, se nos extravían de nuevo!  
La voz de María Eugenia, no. Goza



de una permanencia que no se borra cuando vengo a este Prado, me parece perpetua, cuando paso por la calle Yaguajayón a la casa en que vi por última vez a la poetisa y me parece que su voz me interroga y sin querer, vuelvo la cabeza hacia la pobre habitadora que vive.

.... La trágica alma hebréa, que inundaba de luces su copa de diamante, ¿dónde está?

Mucho se ha dicho del alma de María Eugenia. Cuando se estudiaron al principio, sus poemas, se halló en ellos una tendencia germánico-helénica.

Yo me permití la libertad de no compartir su opinión casi unánime. María Eugenia tuvo, finalmente, el culto por el alemán; pero, en su espíritu, se enciende, aprendió el idioma alemán, esencialmente para acercarse más a los grandes poetas, como Heine, a quien adoraba, y cuyos poemas le oír recitar con su extraordinaria y acartada entonación:

"En alas de mis cantos te llevaré, te llevaré hasta las riberas del Ganges."  
Realmente el original en alemán y los versos traducidos, con unas modificaciones originales.  
Además, quisiera, conociendo el idioma, acercarse más aun a Wagner y Beethoven.

ven, cosas más deseaba comprender cada vez más. Por otra parte, a modo de diarios; cada vez que en diversos ratos y específicos, la puellita ciudadana, durante la guerra, intentaba rebajar a Alemania, así erguiese, armándose para la defensa, como una walkiria desterrada y aislada de las damas. En cierta noche, comatándose el triunfo de un poeta inferior, y su influencia y su fama, declamé, como decisivo argumento: — Bah — Después de la derrota de Alemania, todo es posible. Hasta que triunfe, etc.

Por otro lado, el sentido cuidadoso de la forma, el amor a la palabra como elemento poético, por su ritmo y su color, el culto sincero de la claridad exacta, pudieron contribuir a que las personas y los críticos la vincularan con lo helénico.

No obstante estas apariencias, yo creo que, en su esencia, María Eugenia, era el vaso de una alma ardiente y trágica de hebrea. Su perfección formal, es la de los Salmos, y la línea de su poema viene limitando la blancura de la Torre de David. Sus versos se acercan a la perfección, pero en ellos trasciende y embriaga la cálida perfección de los nardos de Oriente... Mismo, su semblante moreno, en el físico adolescencista, evocaba a la Sulamita y a las doncellas de Egipto, con ojos ardientes y sombríos, también.

Una vez se retiró, o se retiró una vez, en un momento, imitando al conocido cuadro de Rembrandt. Reproducción ella, la figura de Salomé, sentada, con el aire triunfal e ífrónico de la bailarina que al ritmo de la danza, besó los labios del Bautista. Ignoro dónde se conservará esa prodigiosa reencarnación de la célebre pintura.

Pero, en el otro extremo de este aspecto orientálico y religioso, su hermetismo, y su intangibilidad corpórea y espiritual, si a alguien hacen pensar, es, precisamente a las heroínas bíblicas, como Judith y Esther, y otras fuertes mujeres, que gustaban ir y vras de la tórtola en el valle, o recogían la espiga de oro, pero que se acercaban a las hecatombes, interpretando en la guerra, o en el rollojago la presencia y la ausencia del castro eterno.

La soberbia firmeza con que resguardó y secedió su personalidad, y defendió su credo artístico y su fe religiosa, el arteño desdén con que supo encumbrarse en su soledad, son elementos de un significado atávico a los temas de los salmos de la Biblia. Por otra parte, el pavor místico, la humildad con que recurría al ceremonial religioso, la adoración hacia los rituales pomposos, el culto de las hecatombes simbólicas de la fe y la belleza, confirman este modo de interpretar su personalidad íntima.

Y aquí desciende lo todo lo terreno. Aquí desprecia sívo por lo que no fuera Dios o la belleza, aquí abandona y renuncia de la comedia cotidiana, y sus glorias, sino representando, acaso, su más alta arteficial, sentido interpretativo del alma hebrea.

Su místico concepto de tránsito, aplicado a lo de la tierra; de provisoriedad comestón o prueba, fuerza, para aspirar después a una eternidad revelada tan sólo a unos pocos; ese concepto rigidamente creído y proclamado sin dúbidos, para ella constituyó una decisiva pragmatía, que cumplió como sólo podría hacerlo los poseído divinos de las viejas religiones.

... ¿Es posible que M<sup>ra</sup> Allá, la vea? Si. De acuerdo con lo que hemos sostenido, y con el cristianismo que fluye de su personalidad, atraída por su voz

que sigue resonando en nosotros, no dudamos de que alguna vez, volveremos a encontrarlos con su desolada sombra.

**La escucho! ¡Cuántas veces, esclava de una idea fija, vino, temblando, a mí, tan vacilante como ella!**

Esto es cierto. Habían muchos de las rarezas y de las acuitades inexplicables de María Eugenia. La gruesa psicología de los filisteos que la vieron, no pudo soportar aquellos desequilibrios y los condenó, y así burló de ellos. Muy pocos tuvieron el poco feliz privilegio de poseer los resortes secretos de aquel dolor.

Aigo, pudo conocer yo. Muchas veces, de noche, venía a confesarme sus sufrimientos, magnificando los conflictos diarios, que exacerbaban su tragedia íntima: la dispersión y el caos de su voluntaria.

Las anecdóticas abundan, ¿para qué aumentadas? ¡Clara aquella imperiosa necesidad que la obligaba a tocar la tierra, por tres veces, todas las noches, a las doce de la noche, hallase donde se hallase? ¿O aquel terror que la dominaba de no poder salir, de quedarse encierrada en alguna habitación, o casa, o teatro? ¿O aquella súbita, pero insuperable preocupación, cuando se hallaba en el teatro, de que no iba a poder ver el fin de la obra o del concierto, porque, fatalmente, de un momento a otro se iban a apagar las luces? Esa y otras muchas ideas permanentes, en su fondo, nada agregan a la valoración de su obra; proporcionan detalles sobre su figura, ya lejana y oscura, ella considerada a esas cosas como entera; la obra era todo; su verso sería inmortal, eso le bastaba... El tormento de los geniales, el tributo osuro que exige, como si fuera, un dolo, poeta, el inconsciente, para entregar más tarde la maravilla y la concreción difana de la creación artística; todo eso torturador ejercicio, se expandía en ella en tumultuosas quejas y terribles confesiones.

Comentáronse a su alrededor: ocurrencias extraordinarias, actitudes públicas de un intrínseco dogmatismo. Yo poseo la confesión íntima, que serví para explicar algunas de esas determinaciones que tanto se comentaban. ¿Para qué revelar la vida de ellas?

—Ya no olvido la convulsa marea metafísica, ahogándose los ojos y el semblante

Toda confesión terminaba, generalmente, en llanto. La marea metafísica colmaba su mar, después de haber ido creciendo y de haber secudido su cuerpo, haciéndola permanecer toda la noche en contemplación y acento. Por eso, es que ella, en su invocación famosa a la Noche, la llamó a la

—Noche de las delicias mudas y negras que gozan los muertos vivos como fantasma

La miro, sí, entre árboles, vagar, me quedo... Entre estos árboles del Prado. Ella sola vagar, sola, con paso grave por estas avenidas.

Otras veces, en travesía, a altas horas de la noche, exploraba, haciendo interminables recorridos. Su actitud llamaba la atención. Era la suya, una marcha asiente, lenta, como vigilando un tropel de ideas fijas o fobias, que había que encauzar; paraña desvelada de turbios rebatos de obsesiones,

—Verbo de esferas cósmicas, baja su voz profunda

Si. Su voz, después que ella ha murmurado, viene otra vez a los oídos. ¿De dónde? De ella, no puede ser, porque ya no está entre nosotros.

De la memoria surge, dirán: o de los caminos de las armonías, mejor, debe bajar.

Se ha sublimizado su voz. Nuestra memoria reproduce las imágenes auditivas y las olmos, como emanando del interior de nosotros; pero igualmente pueden los étericos mundos, en confidencias inefabiles, transmitirnos la dura-ton sonoridad de su voz. "Tan poco fácil es, al fin y al cabo, explicar de qué manera quedó afinada su voz en los difíciles tebaros de las neuronas, como explicar la procedencia cósmica que lo atribuye la poesía.

Pero, eso sí, si esa voz viene a nosotros, tiene que traernos la noticia de la liberación de María Eugenia.

—Dime en qué estrella cuaja tu luminoso fuego

Esa voz debe explorarnos y revelarnos cómo y en qué estrella se ha volcado, celebrando el milagro filiofético del coloso de lo fluyente del espíritu con el eterno del vaso formal y astral. Aquel lirismo inmenso no ha podido extravariarse. La luz que en los ojos y en los poemas de la mujer habla, ha filtrado por las fuentes y escalas pláticas, hasta cuajar en alguna forma remota. Si no es en estrella real, que ya sea en estrella de nuestro espejo interior; sabido es que nuestra alma se abanda en cielo, en montañas y océanos, revelados ya por San Agustín.

—Que aprenden los arcángeles la coral de tu canto

Insistamos. El alma de María Eugenia estaba poseída por el misticismo. Procedía con la fe y la certeza inmutables de los iluminados en el trance místico, siempre que delante de ella se plantearan los problemas y los asuntos de Dios y de la belleza. En todo lo demás, vacilaba y caía.

Su actitud frente a la poesía y a la música, llegaba hasta considerarse con el arroboramiento religioso. Contemplarla en un concierto, o en un espectáculo teatral, era de las Walkirias de Wagner, por ejemplo, era gozar del milagro de desentrañar, en la actitud trabajosa de la pitia el secreto del mensaje difícil. Las oías de músicas de los mundos, la subyugaban; nadie como ella, supo desentrañar ese tesoro de las noches que cantó; sus ojos se ahondaron, hasta convertirse en remansos para esas oías. Allí venían a morir. O a daban transfiguradas en su espíritu.

Todas sabías que para algunos observadores atávicos, cada sonido de las masas actuales, al girar, correspondía a un tono musical de la vozal. Ese pitagórico paralelismo de armonías, fué confirmado más aun, por el simbolismo de más de un diálogo platónico. Los cuerpos celestes ya no eran solamente montones de materias inflamadas o extintas. Participaban también de las llamadas potencias antinómicas, y se expresaban con lenguaje de los misticos, para matizar de ese modo, el largo colóquio de los inmortales. Pero, existen más identificaciones. Las esferas de que habla Platón — el "Timeo", con sus antecedentes, en los sonoros números que se desprendieron de la sien de Pitágoras, se agrupan en los tiempos, para

constituir el militero anunciador de las fanjales de ángeles cristianos, y de la música que con ellos desciende, producida por sus voces o por el roce de sus alas flamígeras como espadas de luz. En los antiguos salmos del pueblo hebraico, entonados por David, las voces de los fieles en oración se confundían con las alabanzas armadas de los mundos, y a ellos se agregaron además, las contribuciones del coro y de los cantares angélicos.

La música ya se ha hecho religión. Dante, en sus siglos más adelante, tiene conocimiento de esa armonía, que él transforma en concierto medieval; los pintores primitivos, amigos o inspirados por Dante, representan las imágenes religiosas en corales alegóricas, y, después, desentrañan las grandes intenciones. Es el mismo empujamiento armónico que transforma a los órganos de las catedrales en columnares acústicos, y se expande en seguida en las misas caupales de los ejércitos cristianos y en las solennas misas de los místicos de gentes. Ese sutil o ramificación sonora de esa entona sintonía multilísera, era aquella música de la noche, que buscó y oyó mil veces María Eugenia, impregnándose de religiosidad y encandecándose de sufrimiento, porque a veces no la oía bien, abrumada por el liviente rumor de sus abismos. Este amor así, hacia la noche, es otra confirmación del alma artística, calida, o mejor, hebrea, de María Eugenia.

—Dime, al fin, que rompiste las cadenas de fuego

Este verso último, cierra el soneto, con una necesaria y justísima aspiración:

Es necesario creer que ella dejó de sufrir. Jamás erra, mientras estuvo en los brazos, que las "cadenas de fuego" dejadas por el terremoto de la vida para su mal, siquiera no hubo intencionalmente posible. Tanto la hicieron sufrir en este tránsito, los tormentos de su psique enferma, que cuántase que una vez llega ella hasta Dios, para pedirle, en una oración: que no le diera vida después de la muerte.

Que no le diera vida, quería decir le pobre, como la vida que llevó. Los ángeles del espíritu, las hipóstasias, que le hicieron percibir hasta en los sentidos un matt de sufrimiento, como se castigan todos los Insmones; las dudas, se condensaron en cadenas de fuego que la obligaron a rogar en ese tono que, en su intensidad la nivela con algunas terribles expresiones de los más grandes místicos.

Encierra mayor turbación de sufrimiento ese ruego de María Eugenia, que la queja, entre infante y terrible, de aquel comendador Joab de Escrivá, famosa en España, desde que se oyera, por primera vez, allá por el siglo XV: Ven muerte, tan escondida, que no te sienta conmigo, porque el gozo de contigo, no me torce a dar la vida.

Tenemos la imperativa necesidad de creer, pues, que las cadenas de fuego se han roto. Cuando se piensa en lo que sufrió, sólo puede desearse que hoy nos confiese, ella, que tanto dudó — con una suprema afirmación — que ya, desde hace seis años, es libre y feliz. Y que vive, a pesar de su famoso ruego; que vive en los círculos de la música y de la luz de Dios, ya que nosotros, aquí, entre los entes fugaces, sabemos sólo de más alguna, que, en la admiración de todos los creyentes de la belleza, su figura jamás se extinguió.

Emilio ORIBE.